



A la sombra, 1994



Viajeros extranjeros en Morelos

♦ José Iturriaga

Cuando un mexicano viaja al extranjero, de alguna manera comienza a descubrir a su propio país. Quizás por contraste, surgen en su mente las cualidades de México: desde el carácter amable de nuestro pueblo hasta sus extraordinarias bellezas naturales. Desde luego, también destacan a lo lejos los defectos. Y no es que desconozcamos nuestras características desde antes de viajar, sino que se evidencian al hacerlo.

En un fenómeno parecido —por surgir también de la comparación—, cuando nos visitan extranjeros generalmente su asombro lo provocan aspectos que para nosotros son cotidianos. Valgan como ejemplo, en el festejo de día de muertos, los panes con huesos simulados, las calaveritas de azúcar con nuestro propio nombre en la frente, y los pequeños ataúdes y esqueletos como juguetes para los niños; ante todo ello, los forasteros, sobre todo los no latinos, se pasman y desconciertan.

Así pues, cada viajero oriundo de una cultura distinta ve, a veces con ojos de azoro, muchos de los rasgos de nuestra cultura que nosotros vemos con naturalidad. Tanto las cualidades positivas como las negativas —esas que pasan inadvertidas para nosotros—, el extranjero las nota desde luego y, al relatarlas en sus escritos, aporta una considerable riqueza cognoscitiva a nuestra esencialidad como

mexicanos. Por eso, los “otros” son a menudo un más diáfano espejo en el que podemos vernos con mayor precisión que como solemos hacerlo cuando intentamos alguna auscultación dentro de nuestra más recóndita intimidad.

Por tanto, hay una diferencia fundamental entre los textos de los viajeros mexicanos acerca de su propio país y los escritos por extranjeros, ya que éstos resaltan y nos hacen reflexionar sobre el perfil prototípico del mexicano, aquello que nos distingue de los demás pueblos.

Ellos nos han visto a través de toda la gama de colores que hay en la lente. Sus puntos de vista reflejan desde el más diáfano blanco hasta el negro más impenetrable. Digámoslo con la agudeza de Andrés Henestrosa: “Todos los viajeros, así el que niega como el que afirma, el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con sus

♦ Investigador independiente



sombras a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia”.¹

Sobre el mismo tema, José Rogelio Álvarez también justiprecia los diversos enfoques que ha habido sobre nosotros: “El viajero extranjero registra especialmente lo que no hay en su país, lo extraño, si de veras conoce lo propio y es objetivo; lo que juzga superior o inferior a lo que ha visto, si se remite a una tabla de valores; lo que supone de antemano que va a encontrar y su admiración o decepción una vez que le consta; pero, a menudo, solamente encuentra lo que quiere ver, porque anticipa a la opinión un prejuicio [...] Queda México instalado en una casa de espejos planos, cóncavos y convexos, parcialmente iluminado por los destellos variables de una lámpara centelleante, útil, sin embargo, para advertir que la luz natural es otra”.²

Así como un país sólo existe como tal en tanto que hay otras naciones fronterizas que lo delimitan, asimismo lo que precisa el perfil de un pueblo es la existencia de otros pueblos que son diferentes.

El autoconocimiento de los mexicanos es susceptible de ahondarse no sólo por la introspección en los elementos que constituyen nuestra identidad, sino que puede llegarse a una autognosis más acabada si nos proponemos saber cómo nos ven los otros; en este caso, cómo nos ven

los viajeros pertenecientes a otras comunidades culturales.

Dicho sin ninguna ficción retórica: uno no puede saber cuál es su semblante espiritual si no fuera por la reflexión que los otros nos entregan de cuanto somos. Los demás son el espejo mediante el cual vemos mejor nuestra fisonomía.

El universo de los viajeros oriundos de otros países que han visitado al nuestro, desde el siglo XVI hasta la fecha, es enorme. Algunos vinieron de paso, otros se quedaron para siempre. Por razones metodológicas y pragmáticas, consideremos sólo a aquellos que escribieron algo sobre sus experiencias mexicanas.

Tales visitantes escribieron en los más diversos formatos (como hoy se diría): cartas, memorias, informes, historias, diarios, crónicas, reportajes, estudios, ensayos, entrevistas y libros propiamente dichos. Además, entre los trabajos de los viajeros escritores —ocasionales o profesionales—, encontramos poesías, novelas y cuentos.

Los extranjeros que dejaron sobre el papel sus observaciones acerca de nuestro país tuvieron los más diferentes motivos para visitarnos. Valga enumerar los oficios, ocupaciones o quehaceres de algunos de ellos: conquistadores y cronistas, misioneros y obispos, virreyes y corregidores, científicos, mineros e historiadores, abogados y arqueólogos, diplomáticos y militares, hombres de letras y

¹ Andrés Henestrosa, “Presentación”, en José Iturriaga, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, tomo I, FCE, México, 1988, p. 9.

² José Rogelio Álvarez, “Presentación”, en José Iturriaga, *op. cit.*, tomo II, FCE, México, 1989, p. 9.

colonizadores, aristócratas e invasores, ingenieros y naturalistas, periodistas y refugiados políticos, comerciantes y antropólogos, artistas y poetas, novelistas y guerrilleros.

México ha sido durante casi cinco siglos un polo de atracción. Una bibliografía —no exhaustiva, pero sí muy amplia— de tales escritos provenientes de plumas extranjeras, arroja la cifra de 1921 fichas de libros correspondientes a 1600 viajeros que vivieron durante este último medio milenio.³

Durante los tres siglos del virreinato de la Nueva España fue muy difícil a los extranjeros no nacidos en la península ibérica visitar nuestra nación. Por obvias razones derivadas del férreo control político colonial y por la xenofobia vinculada a la intolerancia religiosa, en aquellas tres centurias casi la totalidad de visitantes forasteros fueron españoles. En cambio, a partir de la consumación de la independencia en 1821 se abrieron las puertas económicas y diplomáticas de México a los viajeros de otros países diferentes a España y con religiones que no eran necesariamente la católica.

En consecuencia, durante el siglo XIX recibimos un verdadero alud de extranjeros ávidos de conocer a este país, cuyas realidades y mitos constituían un poderoso imán desde que lo había conquistado Hernán Cortés hacía ya 300 años exactos. Querían constatar si la cornucopia que semeja nuestro mapa nacional correspondía realmente a la abundancia de sus productos; deseaban ver con sus propios ojos este suelo que escondía, de acuerdo a su fama,

las más fabulosas riquezas minerales —no en vano éramos, y seguimos siendo, los primeros productores de plata del mundo; quizá recordaban todavía a las míticas siete ciudades de oro de Cibola y de Quivira, una especie de Eldorado mexicano.

Ya observamos que la mencionada bibliografía con 1600 viajeros que escribieron acerca de sus vivencias mexicanas durante cinco siglos no es exhaustiva, pero sin duda es una amplia muestra que, por su considerable tamaño, puede reflejar conclusiones estadísticas válidas para el total. Empecemos señalando que el 51% de tales viajeros corresponde al siglo XIX. Sólo menos del 14% fue de los 300 años virreinales, en tanto que en el siglo XX tenemos al 35% restante. ¿Por qué es sensiblemente mayor el 51% del siglo XIX que el 35% del XX?

Ciertamente que el desarrollo enorme que tuvieron los transportes durante la pasada centuria impactó con seguridad el número total de viajeros, por supuesto al alza. Pero a la par se popularizaron en ese siglo XX dos tecnologías novedosas que, aunque inventadas desde el XIX, eran hasta ese momento de uso exclusivo para unos cuantos privilegiados. Me refiero a la fotografía y al cine. Desde la primera mitad del siglo XX se generalizó el uso de cámaras fotográficas, y desde los años cincuenta mucha gente empezó a viajar con cámaras portátiles de cine; pocas décadas después se hizo habitual el video y cada día lo es más. Este desarrollo tecnológico para la difusión de imágenes repercutió en la disminución relativa de los viaje-

³ José Iturriaga, *op. cit.*, tomo I, pp. 251-314 y tomo IV, FCE, México, 1989, pp. 327-359.



ros escritores. Ahora se llevan y transmiten sus recuerdos preferentemente de manera visual.

Con relación a los países de origen, destacan Estados Unidos con casi 35% del total de los viajeros que vinieron a México, Francia con 14%, Inglaterra con 13%, España con 11%, Alemania con casi 10%, países latinoamericanos con casi 4%, Italia con 3%, Austria y Bélgica con 2% cada uno, y siguen Japón, Canadá y otros 20 países de Europa. Es evidente que el alto porcentaje correspondiente a estadounidenses se debe a la vecindad entre los dos países y al elevado ingreso que tienen los habitantes de dicho país.

Con respecto al género de los viajeros, 90% fueron hombres y 10% mujeres.

Extranjeros en Morelos

Se ha desarrollado una investigación histórica acerca de los viajeros extranjeros que visitaron y escribieron sobre lo que hoy es el estado de Morelos, a lo largo ya de seis siglos.

Los 84 autores que en ella aparecen no son todos muy conocidos, aunque algunos de ellos sí lo son. Hay figuras connotadas como Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, fray Juan de Zumárraga, fray Bernardino de Sahagún, los virreyes Pedro Moya y segundo conde de Revillagigedo, Alexander von Humboldt, la marquesa Calderón de la Barca, Aquiles Bazaine, Carlota y Maximiliano, Malcolm Lowry, Graham Greene, Óscar Lewis, Carlo Coccio-li, Gutierre Tibón, Remedios Varo y Ernesto Cardenal. Muchos otros son desconocidos hasta para los historiógrafos morelenses.

Es probable que cuando menos tres de los ochenta y cuatro autores nunca hayan venido a nuestro país, pero nos tomamos la libertad de incorporarlos por las referencias interesantes sobre Morelos que tienen en sus escritos. Tal es el caso del marqués de Pidal, Julio Verne y Alejandro Dumas.

Destacan algunas cifras sobre los forasteros incluidos en esta investigación. Hay veinte españoles, diecisiete franceses, once estadounidenses, ocho ingleses, cinco italianos, cinco alemanes, dos austriacos, dos argentinos, dos chilenos y sendos viajeros/autores de Luxemburgo, Bélgica, Grecia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Honduras, Nicaragua, Cuba, Brasil, Venezuela y Uruguay. Como se observa, los 84 viajeros corresponden a veintiún países.

La distribución por siglos resulta de la siguiente manera: diez forasteros son del siglo XVI, dos del XVII, uno del XVIII, veintisiete del XIX, cuarenta del XX y cuatro publicaron sus libros ya en este siglo XXI. Estos números, lejos de ser desproporcionados, reflejan las condicionantes de los flujos viajeros en las seis centurias: hermetismo y xenofobia durante el Virreinato, apertura nacional en el siglo XIX y las facilidades de transportación en el XX. El XXI apenas comienza.

De las 84 personas, trece son mujeres y 71 hombres.

Forasteros en Morelos

Las huestes de Hernán Cortés tomaron Yecapixtla, y él relata: “Los enemigos se vieron de vencida; fue tanta la matanza de ellos a manos de los nues-

tros, y de ellos despeñados de lo alto, que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue teñido en sangre”.⁴

Bernal Díaz del Castillo informa que Cortés ordenó incendiar Tepoztlán: “Estaban tan descuidados los moradores que dimos en ellos antes que sus espías llegasen. Aquí se obtuvieron muy buenas indias y despojos. Cortés les envió a llamar a los caciques, y que si no venían que les quemaría el pueblo [...] Y porque otros pueblos tuviesen temor de ello, mandó poner fuego a la mitad de las casas”.⁵

El arzobispo fray Juan de Zumárraga se quejaba ante Carlos V de que tenía curas en la catedral de México que cobraban sin trabajar: “El deán está en Cuernavaca sirviendo de capellán al marqués [Cortés] y a la marquesa, y gana aquí su prebenda diciendo que no puede residir en su iglesia porque tiene vahído en la cabeza”.⁶

Acerca de Tepoztlán, el alcalde Juan Gutiérrez de Liébana escribía en el siglo XVI: “Antiguamente tan sólo ofrecían al demonio papel y codornices y copal y palomas torcaces, hasta que vinieron los mexicanos y guardaron sus costumbres, que era, en las guerras, al que prendían lo abrían por medio y le sacaban el corazón y lo ofrecían al demonio”.⁷

El corregidor Cristóbal Godínez Maldonado deja constancia de las costumbres en Tetela del Volcán y Hueyapan, durante el mismo siglo: “El hábito que traían era andar en cueros con una manta atada al cuello y un braguero con que cubrían sus vergüenzas, y ése se trae ahora, salvo que algunos usan ya unas camisas”.⁸

En 1583, el arzobispo y virrey Pedro Moya de Contreras ordenó escribir una relación, que decía: “En Oaxtepec habrá diez años que Bernardino Álvarez, fundador del Hospital de los Convalecientes de México, fundó otro hospital para el mismo efecto y también para curar a algunos con enfermedad de bubas, u otras semejantes de causas y humores fríos”.⁹

Ya en el siglo XVII, el fraile carmelita Antonio Vázquez de Espinosa narra: “Están al sur los pueblos de Cuernavaca, las Amilpas, Oaxtepec, Cuautla y Yecapixtla, donde hay famosos valles de temple caliente y en ellos muchos ingenios de moler caña dulce, de que se hace gran cantidad de azúcar blanco, muy bueno”.¹⁰

Hacia 1697, el abogado italiano Juan Francisco Gemelli Carreri anotaba en Alpuyecá: “En la casa de la comunidad encontramos un teponastle o tambor que tocaban los indios antiguamente. Estaba

⁴ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1983, p. 120.

⁵ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 1983, pp. 315-316.

⁶ Juan de Zumárraga, “Cartas”, en *Documentos inéditos del siglo XVI*, Porrúa, México, 1975, p. 76.

⁷ Juan Gutiérrez de Liébana, “Relación de Tepoztlán”, en *Relaciones geográficas de México*, Cosmos, México, 1979, p. 241.

⁸ Cristóbal Godínez Maldonado, “Relación de Tetela y Hueyapan”, en *Relaciones geográficas...*, *op. cit.*, p. 286.

⁹ Pedro Moya de Contreras, “Cartas”, en *Documentos inéditos...*, *op. cit.*, pp. 327-328.

¹⁰ Antonio Vázquez de Espinosa, *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII*, Patria, México, 1944, p. 134.



hecho de un tronco hueco de árbol y se hallaba cerrado con piel por ambas partes; hacía tal ruido que se oía, sin duda, a media legua”.¹¹

El virrey segundo conde de Revillagigedo pensaba, a finales del siglo XVIII, que sería posible hacer un canal navegable desde la ciudad de México hasta Tampico, por el río Tula, y otro de la capital hasta Acapulco, ¡aprovechando el río Amacuzac!: “Nace de la gran cordillera de sierras que se miran al sur de la ciudad de México y desagua al norte de Acapulco, de modo que se presenta muy posible la empresa de abrir navegación desde esta capital hasta ambos mares, y por consiguiente la comunicación recíproca de uno a otro”.¹²

El científico alemán Alexander von Humboldt observaba, a principios del siglo XIX, que era un napolitano el descendiente de Cortés que había heredado sus derechos: “El duque de Monteleone tiene excelentes posesiones [...] en Cuernavaca. El producto neto de sus rentas no es hoy día sino de 110 mil pesos, habiéndose enriquecido notablemente muchos administradores del marquesado. Si los descendientes del gran conquistador se resolvieran a vivir en México, muy en breve subiría su renta a más de 300 mil pesos”.¹³

Poco después, el arqueólogo Guillermo Dupaix, oriundo de Luxemburgo, encontró una escultura prehispánica en la Hacienda de Casasano: “Hace ver un monumento circular labrado por su plano superior. Tiene de diámetro una vara y de canto una cuarta. Llama la atención la repartición que practicaron en el plano del círculo, con una precisión fundada sobre reglas geométricas, las cuales suponen unos conocimientos que no se podría esperar de una nación (reputada falsamente por algunos) bárbara”.¹⁴

El comerciante inglés William Penny visitó Cooyoc hacia 1825: “Hay cerca de trescientos mil árboles cargados de frutos. En la misma hacienda vi preparar el índigo, que es valiosísimo. La mayor parte de las haciendas azucareras están provistas de lo necesario para la producción de índigo, en previsión de que el precio del azúcar baje; también se cultivan muchas otras plantas como la vainilla y la zarzaparrilla”.¹⁵

La primera novela escrita por el afamado francés Julio Verne se desarrolla en México, en 1825, y como nunca vino (fue un viaje virtual), podemos perdonarle que en Xochicalco diga: “El antiguo templo parecía un enorme bisonte echado sobre sus cuatro patas y con la cabeza inmóvil”.¹⁶

¹¹ Juan Francisco Gemelli Carreri, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, Xóchitl, México, 1946, p. 39.

¹² Conde de Revillagigedo, *Instrucción reservada al marqués de Branciforte*, Jus, México, 1966, p. 161.

¹³ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México, 1966, p. 84.

¹⁴ Guillermo Dupaix, *Expediciones acerca de los antiguos monumentos de la Nueva España*, José Porrúa, Madrid, 1969, p. 64.

¹⁵ William T. Penny, “Esquema de las costumbres y la sociedad mexicanas, 1824-1826”, en Juan Ortega y Medina, *Zaguan abierto al México republicano*, UNAM, México, 1987, pp. 184-185.

¹⁶ Julio Verne, *Drama en México*, Gobierno del Estado de Jalisco, México, 1976, p. 53.

Sir Henry George Ward fue el primer embajador inglés en México. En 1827 describía Yautepec como “uno de los más bellos lugares que recuerde haber visto. La riqueza de los habitantes consiste en las huertas de naranjos que rodean sus casas y de las que se abastecen tanto la capital como la ciudad de Puebla”.¹⁷

La marquesa Calderón de la Barca, inglesa casada con español, hacia 1840 fue cautivada por la “pequeña y hermosa aldea llamada Acapatzingo”: “Nunca hubiera podido imaginar algo más cautivador. Éste es el pueblo indio más bonito de todos los que hemos visto. Nunca había yo gozado de una atmósfera semejante, ni siquiera hubiera podido imaginarla. El mero hecho de respirar era un placer”.¹⁸

Alejandro Dumas, padre, aparece como coautor de un libro con la francesa madame Callegari, pero en realidad fue su paisana quien viajó a México en 1854. Después de un agotador viaje a caballo desde Acapulco, así se sintió en Cuernavaca: “Nos alojamos en el Hotel de Francia. La última cama databa de Chilpancingo. Dormí, pues, como para dar gracias a Dios. Pero al día siguiente le di las gracias de otra manera, cuando vi en qué paraíso estaba”.¹⁹

Es interesante leer las cartas de Maximiliano a Carlota, pues contrasta su afecto escrito con la

separación de lechos que en México siempre tuvieron: “Cuernavaca está más hermosa que nunca. Lo paradisíaco consiste en la incomparablemente bella naturaleza. Todos los días voy a Acapatzingo, seductoramente bello [...] Tenemos un clima hermosísimo [...] Te estrecho a mi corazón, vida mía, quedo tu siempre fiel Max”.²⁰

También llaman la atención las epístolas de Carlota a su esposo: “El viaje a Temisco estuvo muy bien. Vimos a un hombre que bailaba notablemente el jarabe. Lo hacía sobre vasos y huevos, sin romperlos, y con maravillosa agilidad salían y entraban sus pies por un lazo. Abrazándote con todo el corazón, quedo tu fidelísima Carlota”.²¹

El teniente austriaco Georg Altmann, escolta personal del “empeorador” Maximiliano —como el pueblo le decía—, escribía: “Desde que su majestad conoció Cuernavaca, quedó prendado de su exuberante vegetación y de su clima cálido. Tomó en arrendamiento el Jardín Borda, que se encontraba casi en ruinas. En muy poco tiempo se limpiaron los jardines y los estanques, se reconstruyeron muros y se tapizaron paredes para la inauguración de esta nueva residencia imperial [...] El káiser [sic] ha hecho traer al heredero del imperio: el niño Agustín de Iturbide, nieto del primer emperador de México”.²²

¹⁷ Henry George Ward, *México en 1827*, FCE, México, 1981, pp. 486-487.

¹⁸ Marquesa Calderón de la Barca, *La vida en México*, Porrúa, México, 1981, p. 227.

¹⁹ Alejandro Dumas y madame Callegari, *Diario de Marie Giovanni*, Banco de México, México, 1981, p. 441.

²⁰ Maximiliano de Habsburgo, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, FCE, México, 2004, pp. 265, 267, 270 y 271.

²¹ *Ibid.*, p. 258.

²² Georg Karl Phillip Altmann, “Correspondencia”, en Patricia Escandón, *Al servicio de su majestad imperial, un oficial de húsares en México*, Instituto Mora, México, 1992, pp. 32-33.



Hacia 1890, el francés Emile Chabrand tenía una tienda de lencería en Cuernavaca. Allí anotaba: “Todas las mujeres, ricas o pobres, llevan siempre rebozo. Como entre ellas abundan las de gran belleza, esta especie de gracioso chal o mantilla nacional les va de maravilla [...] Los vendedores, sentados en cuclillas en actitud impasible, están masticando chicle o goma de mascar hecha con el fruto [del chicozapote]”.²³

Louis Lejeune, minero francés, decía en la misma época: “En Las Estacas, un manantial brota tan alto que se ha pensado en utilizar su fuerza de ascenso. Bajo amates gigantes de largas hojas como el sicomoro, forma un estanque de lapislázuli y esmeralda al que agitan remolinos; cortado por corrientes y contracorrientes, maravilloso y pérfido, el estanque fue recorrido a nado por el general Díaz, ¡a los setenta y ocho años!”.²⁴

La británica Rosa King era propietaria del hotel Bellavista en Cuernavaca. Sorprende —de una persona que perdió todo su capital en la revolución, como ella—, este justo texto tan de buena fe hacia los zapatistas. Escribe que, para los hacendados: “La tierra no era más que un río de oro que desembocaba en sus bolsillos. Si hubieran pasado más tiempo en casa, en sus haciendas, habrían descubierto que el sudor y la sangre de sus peones enturbiaba el agua de ese río de oro, y quizás entonces habrían

puesto su casa en orden [...] Habrían entendido el amor del indio hacia la milpa de sus mayores”.²⁵

El argentino Jacinto S. García, encargado de negocios de su embajada en México, escribía en 1913 acerca de Cuautla: “Sentime gratamente impresionado por el aspecto de aquellas callecitas aseadas y pintorescas, aquellas plazuelas adornadas de florecientes jardines, los portales de estilo español y moradas sencillas y limpias, dejando ver, a través de las entreabiertas ventanas, el interior de las casas albeantes, con su mobiliario modesto, pero aseado y correcto, revelando la coquetería femenina de la ama de casa que quiere hacer lucir su menaje”.²⁶

Emilio Cecchi, italiano, fue historiador y crítico literario. En 1930 hizo en Huitzilac estas remembranzas del fusilado general Francisco Serrano y varios seguidores suyos: “Hay pequeñas trincheras con muros de piedra, custodiadas por soldados con alguna ametralladora. Poco más allá, a la derecha, un grupo de unas 15 cruces de hierro, plantadas al borde del camino. Algunas cruces tienen flores amarradas al tronco. El acto de piedad que renueva esas flores adquiere mayor relieve debido a la soledad. Y entre las rocas de esplendor tan encendido que parecen acabadas de partir por un cataclismo, la herrumbre que escurre de las cruces es roja como los grumos de la sangre”.²⁷

²³ Émile Chabrand, *De Barceloneta a la República Mexicana*, Banco de México, México, 1987, pp. 122-123.

²⁴ Louis Lejeune, *Tierras mexicanas*, Conaculta, México, 1995, p. 175.

²⁵ Rosa E. King, *Tempestad sobre México*, Conaculta, México, 1998, p. 45.

²⁶ Jacinto S. García, *Memorias íntimas de México*, Universidad de San Marcos, Perú, 2005, p. 65.

²⁷ Emilio Cecchi, *México*, FCE, México, 1989, p. 164.

Josephus Daniels fue embajador de Estados Unidos en México de 1933 a 1942. Relata que su antecesor, el embajador Morrow, encargó a Diego Rivera los murales del Palacio de Cortés en Cuernavaca: “Cuando había terminado casi todo el mural, el embajador fue a contemplarlo, y dijo a Rivera: ‘Presenta usted a todos los sacerdotes como villanos o bandidos. Entre los sacerdotes españoles hubo algunos buenos. Creo que debe usted incluir en su pintura, uno de los sacerdotes benignos’. Se asegura que Rivera se encogió de hombros y resignado dijo: ‘Pues si usted lo quiere, así lo haré’. Poco después, llegó Morrow para ver el trabajo terminado, y volviéndose al pintor dijo: ‘No veo ningún sacerdote con cara amable’. ‘Sí señor —respondió Rivera—. Señaló entonces una figura de sacerdote. No se ve sino su espalda’”.²⁸

El escritor inglés Evelyn Waugh estuvo en Cuernavaca en 1938: “Es donde la comunidad de ejecutivos extranjeros pasa los fines de semana. Todas las casas tienen piscina, refrigerador y terraza. Ellos tienen esa suerte de lealtad que viene de estar sitiados juntos. Entran y salen de la casa de los demás, juegan baraja, beben coca-cola [sic] y además de una broma ocasional sobre ‘el artículo 33’ (la ley mediante la cual el gobierno mexicano pue-

de expulsar a los extranjeros), casi no hablan de sus inquietudes cotidianas. En las casas de campo extranjeras reina una atmósfera de playa. Afuera siempre parece que se lleva a cabo una boda. Las mujeres en la plaza van más elegantes que en la ciudad de México”.²⁹

El periodista hondureño Porfirio Hernández escribía, en los años treinta, sobre Tepoztlán: “Toda la región produce la idea de un terremoto formidable, convirtiendo a un pedazo de la Tierra en una catarata que se petrificó en el aire, antes de caer al suelo”.³⁰

Hacia 1980, al húngaro Viczenik Dénes, agregado comercial de su país, las lagunas de Zempoala le recordaban al Lago Asesino de Transilvania (la famosa región de Drácula), que era parte de Hungría.³¹

A finales del siglo XX, la escritora chilena Eugenia Echeverría bien decía de Tepoztlán: “De su inquietante belleza, de su rara topografía, han dado cuenta legos y doctos. Fascinados, con candor o ilustre sapiencia, de la mano de ciencias más o menos exactas, o de ciencias ocultas, o de una imaginación desaforada, han hecho de este sitio su casa, han tratado de explicarse la compleja psicología de su gente y el devenir de sus propias vidas”.³²

²⁸ Josephus Daniels, *Diplomático en mangas de camisa*, TGN, México, 1949, p. 333.

²⁹ Evelyn Waugh, *Robo al amparo de la ley*, Conaculta, México, 1996, p. 68.

³⁰ Porfirio Hernández, *Veredas, cumbres y barrancas*, Central de Publicaciones, México, 1947, p. 102.

³¹ Viczenik Dénes, *Mexiko*, Panorama, Budapest, 1985, p. 211.

³² Eugenia Echeverría, *Tepoztlán. ¡Qué viva la fiesta!*, Dirección General de Culturas Populares, Cuernavaca, 1994, p. 5.